
**LA EUCARISTÍA
CAMINO DE INTEGRACIÓN FRATERNA**

**FESTIVIDAD DEL *CORPUS CHRISTI*
DÍA DE LA CARIDAD**

**MENSAJE DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
DE PASTORAL SOCIAL**

29 de Mayo de 2005

En este año litúrgico dedicado a la Eucaristía, la festividad del Corpus Christi adquiere particular relieve para nosotros. Unidos a Cristo inmolado y resucitado, celebremos la fiesta con pureza y verdad¹, arrojando de nuestras vidas la levadura vieja, es decir, el egoísmo, la codicia y la enemistad², para trabajar en la edificación de una sociedad más solidaria, gratuita y fraterna. Es una exigencia interna de la Eucaristía.

El sacramento del amor traza el camino a seguir para una auténtica unión y reconciliación entre las personas y los pueblos, para una integración y comunión en la diferencia. Toda persona, incluidos 'los pobres y lisiados, los ciegos y los cojos', esto es los excluidos, está llamada a compartir el banquete del Reino preparado por el Señor³. La Eucaristía, anticipo del banquete del reino de Dios, impulsa a la comunidad de los discípulos hacia ese horizonte fraterno que estamos llamados a vivir como don y tarea permanente. En efecto, Jesús «cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: 'Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el reino de Dios'» (Lc 22, 14-16).

La fe en Jesucristo aúna los pueblos

La Eucaristía es el misterio o sacramento de la fe. No es invención de los hombres, sino don de Dios. Celebra de forma anticipada la liturgia celeste⁴ en la que se da cita «una muchedumbre inmensa, que nadie puede contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas.» (Ap 7, 9) El pueblo de Dios, reunido en torno al cuerpo y sangre del Cordero inmolado, festeja desde ahora la unidad consumada de los llamados a cantar el cántico nuevo.

Crece hoy en bastantes ambientes la opinión de que la religión divide; y no faltan quienes propugnan la laicidad como una vía privilegiada para la unidad e integración de la sociedad compleja, plural y democrática. Ese no es el mensaje de la Eucaristía. El cuerpo de Cristo entregado por todos y su sangre derramada por todos, hace de la Iglesia una comunidad abierta a la verdadera catolicidad. La dinámica eucarística, supera la tentación de la intolerancia, de situarse frente al mundo como su juez y lleva a entregarse a través del servicio pobre y humilde en favor de la humanidad entera.

Ciertas corrientes de pensamiento alientan, consciente o inconscientemente, una confusión lamentable entre «el fanatismo religioso» y «la religión auténtica», entre «el laicismo» y «la genuina autonomía de las realidades humanas», tal como la propone y defiende la Iglesia⁵. Esta confusión corroe la fe, el dinamismo profundo del sentir religioso de la humanidad y el sentido del testimonio cristiano. La proclamación de la verdad liberadora es la expresión del sumo respeto y servicio a la persona humana. El mandato del amor fraterno es el principio de una integración donde los fuertes son capaces de cargar con las fragilidades de los débiles. San Pablo escribía a la comunidad de Roma: «Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación; pues tampoco Cristo buscó su propio agrado, antes bien, como dice la Escritura: los ultrajes de los que te ultrajaron cayeron sobre mí.» (Rom 15, 1-3) La Eucaristía infunde en los convidados la caridad de Cristo que vino a buscar lo que estaba perdido, a reunir a los hijos de Dios dispersos y a dar un puesto de honor a los más vulnerables e indefensos. «Dios

¹ cf 2Cor 5, 6-8

² cf Ef 2, 14-22

³ cf Lc 14, 15-24

⁴ El libro del Apocalipsis, escrito para sostener a los cristianos en la persecución, insiste en la necesidad de permanecer en la esperanza gozosa, pues «han llegado las bodas del Cordero» y la Iglesia se ha engalanado con las obras de los santos. El testigo de la visión recibe este mandato: «Escribe: 'Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.' Me dijo además: 'Estas son palabras verdaderas de Dios'.» (Ap 19, 1-10)

⁵ Cf. Const. Past. *Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual*, 36.

ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo.» (2Cor 12, 24-26) Los cristianos a la luz de estas afirmaciones de la verdad revelada, y ante las críticas que se nos hacen de intolerancia, debemos preguntarnos cómo estamos viviendo el sacramento de la comunión. La fe, lejos de dividir, aún a todos en Cristo, pues en él ha de ser todo reconciliado según el designio divino. No seamos miopes y abramos la mirada hacia el futuro. Porque Jesús ha resucitado, el lema de Cáritas: Nadie sin futuro, es ya una realidad. Así lo celebra la Eucaristía.

La Eucaristía, pan compartido

Al ofrecer el pan y el vino, la Iglesia recuerda que son fruto de la tierra y del trabajo de los hombres. En efecto, el don de Dios y el esfuerzo del hombre se dan cita en nuestra celebración eucarística. La tierra es de Dios y nadie puede apropiársela en exclusiva. Cada persona contribuye, aun cuando lo ignore, a preparar el banquete eucarístico, a que «la humanidad se convierta en oblación acepta a Dios». «El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial.» (GS 38) En los misterios sagrados, la comunidad eclesial celebra la gratuidad del amor divino y la dignidad de la persona que ha contribuido con su trabajo a fabricar el pan.

El banquete eucarístico recrea a los invitados para la gratuidad y la igualdad fraterna. Todos reciben el mismo pan: «Cristo entero». Nadie puede comprar el don de Dios. Pobres y ricos reciben el mismo pan de inmortalidad para el camino. Si en algún lugar brilla la gratuidad y la igualdad es en la comunión eucarística. Pues bien, los que nos alimentamos del cuerpo y sangre de Cristo, estamos llamados a prolongar la Eucaristía en el mundo. Así, desde la comunión en Cristo, las diferencias personales, culturales y sociales contribuirán a la creación de una humanidad más fraterna y a un mutuo enriquecimiento.

La celebración de la Cena del Señor se presenta como la proclamación en acto de lo que debiera ser una verdadera integración de personas pertenecientes a lenguas, pueblos y razas diferentes. Todos llamados a compartir con sencillez y alegría la mesa común. Los Hechos de los Apóstoles insisten en cómo los que habían acogido la fe, «partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.» (Hch 2, 46)

En la fracción del pan, Cristo sigue lavándonos los pies y alimentándonos con su cuerpo, para que encontremos alegría en el servicio al hermano⁶. La Eucaristía es el lugar de la más plena integración fraterna: ser uno en Cristo.

La propuesta que Cáritas hace este año sobre la *integración del inmigrante* debe ser acogida y desarrollada desde el dinamismo profundo de la Eucaristía. Abramos los ojos y aprendamos a ver al inmigrante que con su trabajo contribuye a preparar el pan y el vino del banquete sagrado. Ensanchemos nuestro corazón, casas y comunidad eclesiales para acogerlo como hermano. El Padre quiere que compartamos la misma mesa y trabajemos juntos en la edificación de un mundo más justo y fraterno. El banquete de bodas del Cordero estamos llamados a vivirlo en la vida cotidiana.

Cierto, es laudable el esfuerzo para regular legalmente la convivencia, los derechos y las obligaciones de autóctonos e inmigrantes, así como los flujos migratorios; es necesario defender el derecho a emigrar, pero a condición de defender con mayor ahínco, si cabe, el derecho a vivir en su tierra natal con dignidad y libertad; y, ante todo, es de justicia evitar la explotación de los

⁶ cf Jn 13, 17

inmigrantes por parte de una economía mal globalizada, por las mafias y por cuantos se aprovechan de la situación de precariedad o indefensión en que se encuentran. Pero, más allá de todo este horizonte social, legal, económico y político, que entraña la acogida y la acción con los inmigrantes, la celebración de la Eucaristía reclama de los cristianos y de las comunidades eclesiales la obligación de trabajar por una auténtica integración fraterna de los que vienen de lejos.

Quien celebra la Eucaristía correctamente, y no la reduce a una mera obligación o a un rito puramente religioso, vivirá la gratuidad divina en su relación con el inmigrante aun cuando pertenezca a otra confesión religiosa. Sabrá tenderle la mano hermana y compartir con él los bienes provenientes del Señor y del mutuo trabajo; en su compañía trabajará para edificar un mundo más justo y solidario. La comunión eucarística recrea a los invitados al banquete sagrado para la acogida y el servicio pobre y humilde; es principio y fundamento de una auténtica cultura de la solidaridad y de gratuidad. ¡Qué fuerza profética encierra la Eucaristía en medio del dinamismo mercantil de las sociedades ricas del confort!

Seamos lo que recibimos

Los Padres de la Iglesia insistieron en cómo el cristiano se convierte de alguna forma en lo que recibe. San León Magno, en un sermón sobre la pasión del Señor, afirma: «La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos: y seamos portadores, en nuestro espíritu y en nuestra carne, de aquel en quien y con quien hemos sido muertos, sepultados y resucitados⁷.» Los Padres de la Iglesia no cesaron de meditar esta afirmación paulina: «Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan.» (1Cor 10, 17) San Agustín, comentando estas palabras a los que acababan de recibir el bautismo, decía: «Recordad que un solo pan no se halla formado de un grano solo, sino de muchos. Cuando recibisteis los exorcismos, estabais, es un modo de hablar bajo la muela del molino; cuando recibisteis el bautismo os trocasteis bien así como la pasta, y os coció, en cierta manera, el fuego del Espíritu Santo. *Sed lo que veis y recibid lo que sois.*⁸»

La integración alcanza así una hondura y una proyección insospechada. En la Eucaristía, los bautizados se descubren como el cuerpo de Cristo entregado por la muchedumbre; y, por otra parte, reciben y se entregan en él a los demás comensales como alimento para el camino.

De esta forma, el sacramento de la caridad divina hace sentir al hermano diferente, de modo especial al que comparte la misma fe, como «uno que me pertenece»; nos invita a acoger y valorar al inmigrante como un regalo de Dios: «un don para mí». Así surge la llamada a «darle espacio» para que pueda desarrollar libre y responsablemente las riquezas personales, culturales y religiosas que Dios depositó en él⁹. La integración, por tanto, nada tiene que ver con la asimilación y absorción del otro. La comunión nos invita a sabernos necesarios y complementarios unos de otros en el cuerpo de Cristo resucitado.

Desde el misterio del cuerpo y sangre de Cristo, todos, incluidos los mismos emigrantes, estamos urgidos a trabajar incansablemente, tanto personal como comunitariamente, para que la integración de los inmigrantes en la sociedad se realice en la perspectiva de una auténtica convivencia fraterna. El sacramento del altar infunde en nosotros la caridad divina y nos da la certeza de que esforzarse por instaurar la fraternidad universal es el mejor servicio que podemos hacer al mundo¹⁰. Para avanzar en este trabajo es necesario perder los miedos, aprender a valorar las personas en su diferencia y riqueza, combatir los prejuicios y mentiras que se alimentan en la

⁷ Sermón 12 sobre la pasión del Señor, 3, 7 PL 54, 357

⁸ Sermón 272

⁹ cf Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43

¹⁰ Cf. Const. Past. *Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual*, 38

opinión pública sobre los inmigrantes, desarrollar una acción pastoral que les haga sentir en nuestras parroquias y diócesis como en su propia casa, y luchar para que en la sociedad puedan vivir y trabajar como verdaderos ciudadanos. Trabajemos con pasión para que las comunidades parroquiales se conviertan en verdaderos laboratorios de integración cristiana y cívica.

El Mensaje del Papa Juan Pablo II, en la jornada mundial del emigrante y el refugiado del 2004, recordaba: «Si se fomenta una integración gradual entre todos los inmigrantes, respetando su identidad y, al mismo tiempo, salvaguardando el patrimonio cultural de las poblaciones que los acogen, se corre menos el riesgo de que los inmigrantes se concentren formando auténticos 'guetos', aislándose del contexto social y acabando a veces por alimentar incluso el deseo de conquistar gradualmente el territorio.» Y continuaba diciendo el Papa: «Cuando las 'diversidades' se encuentran, integrándose, dan vida a una 'convivencia de las diferencias'. Se redescubren los valores comunes a toda cultura, capaces de unir y no de separar; valores que hunden sus raíces en el idéntico humus humano. Eso ayuda a entablar un diálogo fecundo para construir un camino de tolerancia recíproca, realista y respetuosa de las peculiaridades de cada uno. En estas condiciones, el fenómeno de las migraciones contribuye a cultivar el 'sueño' de un futuro de paz para la humanidad entera.» Pues bien, en la Eucaristía acogemos y celebramos el don de la integración fraterna, al tiempo que nos comprometemos a hacerla realidad en la vida cotidiana.

Todo esto adquiere un relieve especial cuando los inmigrantes comparten la misma fe y se sientan en la mesa de la fracción del pan. Ya no pueden ser visto como forasteros. Están en su casa, forman parte de la misma familia, pues la sangre de Cristo, en expresión de los Padres de la Iglesia, nos hace 'consanguíneos'. Y como en la Iglesia, la ley del amor y de la libertad regulan las relaciones fraternas, conviene que se abran para ellos espacios de auténtica participación activa y responsable en nuestros Consejos Pastorales, en los procesos de la iniciación cristiana, en las celebraciones litúrgicas y en el mismo servicio de la caridad cristiana. Es preciso que todos, nativos e inmigrantes, seamos corresponsables en el desarrollo de la misión de la Iglesia al servicio del mundo. En la Eucaristía, juntos anunciamos la muerte del Señor, proclamamos su resurrección y anhelamos su venida definitiva. Animados por el mismo Espíritu, trabajemos juntos en la edificación de un mundo justo y fraterno de acuerdo con el designio de Dios.

Con la certeza que la Eucaristía infunde en nosotros, invitamos a todos los cristianos a ser agentes de una verdadera integración fraterna en la sociedad compleja y plural que nos ha tocado en suerte. La caridad de Cristo nos apremia a vivir para los demás y a acoger a todos como verdaderos hermanos. Y al agradeceremos todo lo que estáis haciendo para abrir caminos de integración fraterna, invocamos la maternal intercesión de María, para que los muros de la separación caigan y surja un mundo renovado en el amor, la justicia y la libertad.

15 de mayo de 2005

Los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social